VIAJEROS EN GUADIX

Cristina VIÑES MILLET[1]

Sin duda, el Libro de Viajes es uno de los géneros más antiguos en el mundo. El porqué de ello es fácil de comprender. El viaje sacia la curiosidad, el deseo de saber, que es algo innato al ser humano. Y despierta, en muchos casos, la necesidad de dejar plasmado todo aquello que ha sido objeto de interés, de atención, de sorpresa, para que otras muchas personas puedan compartir toda la gama de sensaciones vividas a lo largo de unos días, unos meses, o unos años.

En esa tan larga tradición, que se pierde en la noche de los tiempos, España ha captado la atención de innumerables viajeros que la visitan y que dejan plasmadas esas viviencias a las que aludía hace un momento. La tradición viajera en nuestro país puede remontarse a los tiempos de griegos o romanos, cuando todavía no existía España como tal, cuando la Península Ibérica era foco de atracción como lugar en el que terminaba el mundo, o como interés suscitado por sus importantes riquezas naturales.

Desde aquellos remotos tiempos, las cosas no iban a cambiar sustancialmente. Porque lo cierto es que la historia de la Península, diferente en gran medida a la de los países de su entorno europeo, la hizo siempre particularmente atractiva, despertando un interés que tan sólo el conocimiento directo podía saciar. La invasión de los pueblos de Africa, las guerras de reconquista a que ello dio paso, los elementos orientales de su cultura y civilización. Todos ellos son factores a tener en cuenta a la hora de valorar y comprender la importancia de nuestro país en la corriente viajera universal. Otros factores también son interesantes de recordar en este fenómeno que se alarga en el tiempo. Algunos de ellos de carácter religioso. El descubrimiento de la tumba del apóstol Santiago en Galicia marca una de las rutas cristianas más visitadas, convirtiendo nuestro suelo en cruce de civilizaciones y lugar de encuentro cultural. Como lugar de encuentro cultural fue también, sin duda, la famosa Escuela de Traductores que en Toledo puso en marcha el rey Alfonso X el Sabio.

Visitantes de muy diversas nacionalidades, de mentalidades distintas, nos dejan testimonios que forman parte de nuestra propia historia. Cierto es que, en muchas ocasiones, esos testimonios se hallan deformados, contienen juicios no del todo justos, plantean intuiciones más que realidades. Pero, al margen de ello, todos son interesantes de conocer a pesar de las deficiencias que puedan contener, porque nos ayudan a entrar mejor en aquellos tiempos tan lejanos ya de nosotros. Además, esos relatos se pueden completar con lo que podríamos llamar la otra cara de la medalla. Me refiero a aquellos otros libros que son el resultado de viajes también, pero realizados por los propios naturales. Mucho mejor conocen ellos la realidad de nuestro suelo, pudiendo llegar a conclusiones más equilibradas en ocasiones. De la suma de unos y otros -extranjeros y naturales- podemos tener un cuadro lo suficiente vivo y directo como para constituir un elemento de juicio y de conocimiento imprescindible.

---

[1] *Profesora Titular de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada.* *El presente artículo corresponde a la lección inaugural del curso 1996/97 del Instituto de Estudios «Pedro Suárez».*

Sin embargo -y esto lo escribí hace ya muchos años- lo que me parece perfectamente evidente es la poca conveniencia, la inutilidad incluso, de mezclar unos y otros en un mismo tratamiento, y ello por razones obvias. De entrada, en ningún caso podemos pretender que los planteamientos y objetivos sean los mismos, que las mentalidades y culturas concuerden, que los esquemas se igualen. Se trata, por tanto, de una cuestión de pura elección, en mi caso y en este momento, se ha inclinado por basar esta charla en los testimonios que nos legaron los visitantes extranjeros. Ocasión habrá, quizá, en otro momento de hacerlo sobre textos de viajeros españoles.

Si a lo largo de toda la Edad Moderna, esa corriente no cesa -aunque en ocasiones se haga más sosegada y tranquila- es, sin duda, el siglo XIX el momento que conoce una verdadera eclosión mediante la cual todas las rutas viajeras pasan por nuestro país. Los propios acontecimientos históricos que en él tienen lugar -Guerra de la Independencia- y la invasión del romanticismo, son los puntos de partida de una atracción que no iba a decaer en lo que restaba de siglo.

En ese contexto hay que decir que el reino y la ciudad de Granada serán, dentro del conjunto nacional, de los más visitados, despertando un auténtico interés y una verdadera atracción. El relieve cobrado por Granada podemos remontarlo a los últimos tiempos de la presencia árabe en la Península. Es decir, a la instalación de la dinastía nazarita en suelo granadino. Es entonces, verdaderamente, cuando la ciudad y su entorno alcanzan su belleza, su esplendor y sur riqueza máximas.

Pero incluso antes de ello, ya tenemos referencias que nos hacen presumir lo que nuestra región llegaría a ser con el paso del tiempo. Es en el siglo XI cuando podemos comenzar a hablar de Granada como tal, al alcanzar entonces la capitalidad del distrito que la circundaba. Los viajeros árabes que la visitan dedican sus relatos a bellas descripciones, en las que el paisaje tiene un papel protagonista. Sobre la abundancia de la región y sobre la belleza de su paisaje se han escrito páginas que quedan entre las mejores de la literatura viajera. Pero, sin embargo, son unas páginas que de alguna manera se nos aparecen vacías. Vacías de vida que no late en ellas porque escasas o nulas son las alusiones a las personas que habitan aquí, a sus costumbres, a sus formas, a sus tradiciones.

Y es que cada época matiza los relatos, en función de los diversos intereses o de aquello que en realidad viene buscando el viajero. Cuando estalle definitivamente la guerra entre los monarcas cristianos y el sultán de Granada, es eso precisamente -la guerra- lo que atrae la atención prioritaria y casi únicamente. No puede extrañarnos cuando el interés de toda Europa estaba centrado en los acontecimientos de Granada. Embajadores, observadores enviados por las distintas cortes, caballeros que hasta aquí vienen para participar en la contienda, van a ser los testigos directos del fin de toda una época de la historia de nuestro país, de nuestra región y de nuestra ciudad.

Tras la conquista, el interés no decae. Granada es con frecuencia la sede de la corte y los reyes la visitan con cierta asiduidad. España comienza a convertirse en una nación con la que hay que contar en los espacios internacionales. Italianos y franceses, sobre todo, son los extranjeros que en mayor número llegan hasta aquí y en sus relatos nos dejan constancia de un reino y una ciudad que comienzan a cambiar al calor de las nuevas circunstancias. También ahora la descripción sigue manteniendo un espacio importante. Pero, a su lado, se perfila ya una sociedad y unas formas de vida en las que la población morisca no deja de captar la curiosidad o una verdadera atención.

El influjo de la historia y de los acontecimientos marcados en ella sigue siendo un importante hilo conductor para comprender muchas cosas. Por ejemplo, el porqué a partir de un determinado momento los visitantes que llegan hasta nuestro país lo hacen en for-

ma más espaciada, sosegada incluso. Y también el que ellos no sean ya, en la mayor parte de los casos, representantes oficiales de las naciones vecinas, sino simples viajeros que se mueven por el puro placer de conocer. Y es que España comienza a dejar de ser una potencia y, por tanto, los intereses internacionales cada vez pasan menos por sus centros neurálgicos. En los relatos de entonces encontramos, al lado de la descripción, el comentario, el detalle pequeño, la valoración de nuestras instituciones o la crítica hacia nuestra economía. Crítica constructiva en muchos casos, aunque no siempre podamos considerarla así. Sobre todo al adentrarnos en el racional y práctico siglo XVIII. España ya ha dejado de estar de moda, y las corrientes derivan hacia otros lugares.

Sin embargo, esto no iba a durar mucho. Y, nuevamente, la historia marca esa inflexión hacia un nuevo resurgir que alcanzaría límites insospechados. La Guerra de la Independencia primero, el estallido del romanticismo algo más tarde -como apuntaba ya- sitúan en primer plano a un país que se considera romántico por excelencia. «Además de su patria natural, cada hombre posee una patria de adopción, un país soñado por el que, antes incluso de haberlo visto, se pasea preferentemente su fantasía y en el que constituye castillos imaginarios que puebla de figuras a su antojo. Nosotros escogimos siempre España para edificar allí nuestros castillos fantásticos». Son las palabras de Gautier, plenamente significativas de lo que vengo diciendo. Pero en ese país de adopción, si había una ciudad y una región que pudieran encarnar los últimos sentimientos y deseos puestos en circulación por la nueva corriente, era la ciudad y la región de Granada.

De auténtica eclosión podemos calificar lo que ocurre entonces. Frente al mayor interés que suscitaran en otros momentos Sevilla o Cádiz, es ahora Granada -«pedazo de Oriente que sobrevivía en el Sur de Europa»- la que arrastra inevitablemente. Sin interrupción, gentes de todos los lugares llegan hasta ella buscando una civilización perdida. Atraídos por su fama, que empieza a dar la vuelta al mundo. Son sus relatos los más brillantes, los de mayor colorido, los más vivos, aunque posiblemente los más deformados de todos los que les han precedido en el tiempo. En los libros de viaje que nos han dejado los románticos, sí hay vida. Vida en todas partes. Cuadros de costumbres, modos y modas, maneras, retratos de unas gentes ya desaparecidas hace tánto tiempo. Con ellos, con los románticos, se iba a cerrar un ciclo fundamental en la literatura viajera, aunque después de ellos siguieran llegando gentes de otros lugares y el nombre de Granada siguiera sonando en los oídos del mundo.

Pero aunque Granada ciudad capte una atención indiscutible, no es sólo ella la que prende el interés. De su entorno -primero reino, luego provincia- otros lugares se convierten en constante de estos relatos viajeros. Bien por su belleza, su paisaje, o su situación estratégica en las rutas seguidas. Ahí es donde hemos de situar a Guadix, a tenor de las menciones reiteradas que de ella se hacen. Y eso no en los últimos tiempos. Desde los inicios su nombre suena con insistencia. Desde que la romana Acci mereció los honores de colonia y se hizo célebre por el culto que de antiguo dio a los dioses símbolos del sol y la luna. Foco de actividad religiosa, no es causal que fuera la primera ciudad de la Península en recibir la luz del cristianismo. Tradición y leyenda se funden en la figura de Torcuato que centra este momento. De lo que no hay duda es de que su prelado, Félix, presidirá el Concilio de Elvira, lo cual resulta plenamente significativo del peso alcanzado en el contexto de su tiempo.

Un peso que se mantiene cuando las cosas cambian, y en forma sustancial, tras la invasión de los pueblos llegados desde África, que inician con su presencia un nuevo y largo período de nuestra historia. La Guadix musulmana -modificada en su emplazamiento- juega un importante papel, incluso antes de que Granada comience a configurarse como pieza fundamental del diseño político.

Autores como al-Himyari, al-Idrisi, al-Zuhri, Ibn Galib nos hablan de ella y gracias a sus relatos podemos definir los contornos de una población «hermosa y amplia», dominada «por una ciudadela» y «rodeada de una muralla de piedra». Una población próspera, en la que huertos y jardines ponen una nota de belleza, desbordando las propias murallas de la ciudad para unirse suavemente a los espesos bosques de encinas que caracterizan su paisaje. En sus tierras se cultiva la vid y el olivo, los frutales, el algodón y las moreras. Y si la agricultura es fuente de su riqueza, a ella hay que unir una importante artesanía textil, en telas de algodón y seda de buena calidad. Por todo ello, al-Idrisi la considera como importante centro comercial. Ciudad -dice- «en la cual se negocia mucho y punto de reunión de muchos caminos».

Cuando las guerras civiles agiten al reino de Granada, Guadix revaloriza su papel como asilo y baluarte de los príncipes caídos: Boabdil primero, el Zagal más tarde. Por poco tiempo ya, sin embargo. Sus días estaban contados, como lo estaban también para aquel último reducto de la presencia árabe en España. En su caso, el tránsito no iba a ser en exceso traumático. Al menos, no se iba a ver envuelto en la sangre y el estruendo de armas. La toma de Baza la capitulación de Guadix, Almería, Almuñecar, la Alpujarra suponen otros tantos granos que van cayendo de la Granada. Parece -se ha escrito- «como si el veterano combatiente del Islam considerara perdida la partida». Posiblemente era ya así en aquellos momentos finales.

Guadix fue llave importante para la conquista de Granada. Culmina la toma de la capital, las cosas cambian, pero no por ello decrece su prestigio. Cierto es que -en el tema que nos interesa- a partir de entonces mucho depende de la ruta utilizada por los distintos viajeros para ver mencionada la ciudad de Guadix en sus relatos. Pero cierto es también que a lo largo de los primeros tiempos aparece en relaciones tan importantes como la de Münzer, por ejemplo. «La ciudad de Guadix -nos dice- se recuesta sobre una bella planicie, y más allá el alcázar real, que está bellamente situado en un monte unido a la llanura». Y nos habla de la fecundidad de sus tierras, surcadas por riachuelos, en las que crecen el nogal, el almendro, la higuera, el manzano y el peral, entre tantos otros. Y a continuación nos describe una ciudad que en su población y fisonomía ha comenzado a transformarse, pero que conserva todavía los rasgos de su pasado cercano.

«Expulsados de ella los sarracenos -continúa- la habitan únicamente cristianos. Toman arraigo en ella dos monasterios bastante hermosos de la orden de San Francisco y de los Predicadores y otros. Es su mezquita bastante bella y hexagonal. Tiene setenta columnas libres, y en el centro un bello jardín cubierto, en medio del cual hay una fuente viva para sus acostumbradas abluciones. Ahora está dedicada a la bienaventurada Virgen María. Tiene obispo y doce canónigos, que viven de las rentas que antes tenía la mezquita en tiempos de los sarracenos...»

En las narraciones de los siglos XVII y XVIII sigue citándose como uno de los centros más importantes de la comarca. Entre Antequera y Loja, Almería o Málaga. Y hacen referencia a un paisaje que les fascina por lo insólito. Que a Richard Twiss recuerda el «desierto de Arabia» y que Henry Swinburne compara con «pirámides y torres, algunas con ventanas semejantes a los palomares». Al pie de Sierra Nevada -escribiría por entonces Joseph Towsend- se encuentra Guadix: «El territorio que quedaba a la derecha de esta ruta miraba a la sierra y ofrecía un aspecto muy singular, pues semejaba a un océano tormentoso. Las innumerables y puntiagudas colinas parecían haber llegado a lo que podría llamarse su estado definitivo, ya que no sufren del roce, la erosión y la devastación que producen las lluvias intensas y los torrentes primaverales. Protegidas por el herbaje,

ahora todos los chaparrones actúan como alimento, y en esta época del año se encuentran cubiertas por una deliciosa vegetación».

Para este viajero se trata de una «ciudad de cierta importancia, que es también sede episcopal.... A la entrada de la población se encuentra el paseo público o alameda, rico en vegetación y de notable elegancia... en ella existen algunas industrias de cáñamo, lino y seda». Claro que esta afirmación contrasta con la de la Croix, visitante de estas tierras pocos años antes, quien afirma: «no sabemos que haya otra industria que una fábrica de vidriado, y convendría que los naturales se dedicasen a la siembra de linos y cáñamos, por ser el terreno a propósito y haber aguas abundantes».

Cuando Madoz escribe su Diccionario en el siglo siguiente, habla de una población de 10.129 almas, en la que «se hace bastante comercio en artículos de seda, lana, lino, algodón, cereales, licores... Se celebra desde el 25 de septiembre al 4 de octubre de cada año una fiesta concurridísima, cuyo principal tráfico consiste en ganados de todas clases, obra de platería, cerrajería, cobre, cueros, dulces, frutas y manufacturas de seda, algodón, lino y cáñamo».

Para entonces la centuria se encuentra en la mitad de su andadura y en esos cincuenta años transcurridos, el viaje ha adquirido una nueva dimensión, envuelto en una diferente sensibilidad, en la que la razón o la mera contemplación ha sido sustituida por la impresión sensorial y emotiva. Nuestros visitantes, tan proclives a las descripciones, nos han dejado un esbozo de los solitarios parajes por los que tienen que atravesar a lomos de sus caballerías. Y la comparación salta inconsciente: «... se extiende una llanura ancha y amarillenta, totalmente desnuda y rodeada de montañas arrugadas y de color ocre, y en medio de ella corre una línea verde oscura como tinta derramada de un tintero, que es el oásis formado por el río Guadix y sus afluentes. Se podía pensar que se estaba mirando hacia Damasco desde el monte Hermón». Un paraje que, decididamente, la es parece oriental, «con sus álamos y sus moreras en el valle del río, con sus áridas estepas y el murallón de montañas cubiertas de nieve». En esa visión el espíritu romántico no podía quedar oculto y no iba a hacerlo.

Doblando ya el siglo, todavía viajeros ilustres como Davillier y Doré tendrán ocasión de contemplar una región que comenzaba a transformarse y unas costumbres y formas de vida que comenzaban a diluirse al calor de los nuevos tiempos. Sin embargo, escriben: «Los vestigios de construcciones y de inscripciones romanas no son raros en la ciudad, pero los recuerdos moros les pueden y se encuentran casi a cada paso. Las mujeres de Guadix tienen fama de belleza, fama que nos apareció muy merecida».

Al partir, «atravesamos un país cada vez más accidentado, y divisamos pronto a nuestra izquierda las cimas de Sierra Nevada, dominadas majestuosamente por el Mulhacén. Delante de nosotros la sierra de Susana extendía en el horizonte sus extrañas crestas. Este paisaje, uno de los más dilatados que la imaginación pueda soñar, es más salvaje ciertamente y más grandioso que cualquiera de los que se admiran en Suiza. La carretera que recorríamos es una de las menos frecuentados de España. Sólo encontramos «balijeros», jinetes que transportan cartas en una valija atada a su silla, algunos aldeanos en burro embozados en sus mantas y armados de su escopeta, y gitanos de viaje...»

Epígonos de una literatura viajera que tantos y tan interesantes frutos había dado a lo largo del tiempo. Cuando algunos años más tarde Edmundo de Amicis recorre España, su viaje desde Granada a Valencia tiene poco que ver con el de los que le precedieron en el tiempo, en su afán por enlazar con el ferrocarril que había de llevarle a aquellas tierras. No por ello deja de conocer peripecias que nos cuenta en su relato. Pero sí deja de con-

templar la región que hasta entonces había sido la salida natural hacia el Levante. El progreso se imponía, aunque fuera en forma lenta. Luego, a los viajeros tradicionales vendrían a sustituirlos los turistas. Con ello se ponía fin a toda una época, como nosotros ponemos aquí punto final a esta charla.

Noviembre de 1996
Cristina Viñes Millet